

LA LUCHA DE CLASES

SEMENARIO SOCIALISTA OBRERO

Año III

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN
España, 1 peseta trimestre.—Ultramar, 1,25 id.—Portugal, 1,50 id.—Otros países, 1,75 id.
Los pagos se efectuarán per adelantado, en libranzas del Giro mutuo ó sellos de franqueo.
25 ejemplares, 75 céntimos.

APARECE LOS SABADOS
Redacción y Administración, Bailén, 41.
BILBAO 28 DE NOVIEMBRE DE 1896.

PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
En Bilbao, en esta Administración, y en provincias, en el domicilio de las Agrupaciones Socialistas. La correspondencia de Redacción, á nombre de Martín Hernández; la de Administración, á nombre de Pascual Pecesagua.
Número suelto, 5 céntimos.

Núm. 113

Pura barbarie

Cuando se habla de la guerra de Cuba en cualquier corrillo de paseo, plaza ó café, después de decir más ó menos vergonzantemente que allá, en el fondo, no les faltan justos pretextos á los insurrectos, se manifiestan dudas de que una vez terminada la guerra, si termina quedando la isla en poder de España, se corrija ésta y deje de enviar allá á que roben á su sabor á los que no tienen aquí campo para sus hazafías ó no conviene que aquí roben. Pero enseguida de expuestas estas manifestaciones se enciende el noble amor patrio. No se trata de si tienen ó no razón, sino de no humillarnos, de someterlos, de poder más que ellos. Si tienen quejas que las expongan en forma. El honor nacional pide que les sometamos por las armas y una vez sometidos ya se verá lo que haya de proveerse.

El fondo de estupidez y barbarie que tal manera de discurrir y sentir cela en sí, es cosa que no se oculta á nadie. Es el espíritu militante, la quinta esencia del militarismo difundida por la sociedad, es el legado de nuestros tatarabuuelos los salvajes, es el pecado original del género humano. Tal manera de discurrir y sentir es la rémora más grande del progreso.

Cuando se dice que la guerra es ley de vida y no desaparecerá nunca, se olvida que la guerra, como todo, está sujeta á evolución y cambio y que así como va mucho de la guerra militar á la guerra industrial, de las batallas cruentas á la concurrencia en los mercados, va mucho de esta segunda forma—que todavía tiene no poco de bárbara—á la noble guerra contra la ignorancia y la miseria y á la lucha con la inercia de la Naturaleza para acomodarla á nuestro modo de ser y hacerla digna morada nuestra.

Hay un libro vivo, animado, pintoresco, que se deja leer, en que se expone muy claro y en forma accesible á todo el mundo, la evolución de la lucha. Es la obra *Les luttes entre sociétés humaines et leurs phases sucesives*, de J. Novicow, libro que recomendamos á los que sepan francés y puedan comprarlo—10 francos (y no es reclamo)—y libro que es lástima no se haya ya traducido al castellano. Su lectura, aménisima si las hay y sugestiva, hace ver cuán dañinos son los prejuicios del militarismo bestial.

Es el militarismo la mayor plaga acaso de las sociedades modernas; sus primeras víctimas son los militares mismos, entre los que no es nada raro encontrar espíritus rectos, sinceros y nobles que así que se desprenden un poco de preocupaciones que le esclavizan el ánimo, comprenden la verdad. Recordamos á un militar que exponía con la elocuencia más persuasiva y noble, la de la familiar sinceridad, cómo la función más elevada de la milicia es matar al militarismo.

Cuando hay milicias y ejércitos es que tiene que haberlos. Mas esto no significa que no sean un mal, un mal hoy necesario, pero un mal que trae en sí mismo su remedio, pues de su exceso mismo ha de venir su muerte.

Peor que el militarismo militante, el de los militares, es el estúpido mi-

litarismo de los paisanos que piden en corrillos y cafés guerra y exterminio. Es un mal inofensivo el militarismo de los militares, junto al de los periodistas que piden la cabeza de Maceo y llaman cerdos á los yankees, ignorando profundamente las instituciones, el carácter, las costumbres y el modo de ser de los norteamericanos, teniendo de éstos una idea tan exacta, como tienen de los españoles los franceses, que no nos conciben sino con calañés y la guitarra al hombro.

No hay cosa más repugnante que explotar la ignorancia ajena.

Principio y fin

III

Antes de proseguir en estas errabundas consideraciones acerca del principio y el fin del progreso humano, cúmplenos abrir un paréntesis para satisfacer á ciertos lectores asustadizos y poco al corriente de ciertas cosas.

No faltará quien se haya escandalizado de que en un semanario socialista se afirme que la esclavitud ha sido uno de los principales factores del progreso humano y el motor primero acaso de éste en el orden del tiempo, y que merced á ciertas explotaciones, de que han sido víctimas no pocos desdichados obreros, se haya podido llegar á un punto en el proceso económico-social que anuncia y prepara un cambio hondo en la estructura de la sociedad. El que se haya escandalizado al leer aquí tales proposiciones ó se haya extrañado de verlas en estas columnas, está muy poco al tanto de lo que es, significa y vale el movimiento socialista.

Los nobles y hermosos sentimientos de conmiseración por los que sufren y los santos anhelos de redimirlos y evitar los dolores y la degradación de seres semejantes, hacen que muchos no vean en el movimiento social más que un impulso de humanidad, y que crean que se reduce á los esfuerzos voluntarios y conscientes por mejorar la condición del proletariado y hacer de los proletarios verdaderos hombres. Los que tal creen no se fijan en que el movimiento social que, aún extendiéndose á las fases todas de la vida, gira como en torno de gozne cardinal en derredor del problema económico, es, ante todo y sobre todo, efecto del proceso económico-social, superior á las voluntades individuales, del proceso incoercible y necesario, cuyas leyes no hay que buscar en las disposiciones conscientes de los hombres, ni en acuerdos de Gobiernos, sino en necesidades económicas. Y tampoco se fijan en que el fin de este proceso es la transformación, necesaria, obligada, basada en fisiología social, digámoslo así, de la estructura económico-social moderna, y que el mejoramiento de la clase obrera y su dignificación y luego la desaparición de la división de las clases actuales, no es más que una consecuencia de esa transformación. Tendremos que repetir todavía veinte veces más que las ya repetidas, que el Socialismo no es un programa de vida que quieran traer los hombres á todo trance, que es el régimen á que la so-

ciología y la economía política nos enseña caminan nuestras sociedades. Por esto es por lo que es ocioso trazar un cuadro de la sociedad futura, cuadro caprichoso siempre. Conócense las líneas generales, y por la marcha de las cosas se presume á dónde iremos á parar, en grande síntesis, pero aquí no sirven (como tampoco sirven allí) Noherlesones.

Otra de las cosas que hay que combatir es el que se escandalice nadie de que un socialista conceda el valor grande que en la Historia han tenido los explotadores, y los vagos, y los amos de esclavos, y las guerras y todo aquello de que hoy execramos. Sin el pasado no habríamos llegado al presente, y por haber sido el pasado tal cual fué, es por lo que vivimos en un presente maduro para las soluciones socialistas.

El hecho de la esclavitud pasada es el que ha hecho posible el que al desaparecer un día todo rastro de esclavitud—el proletariado es uno—, no se encuentren los hombres en el tristísimo estado de aquellas primitivas bandas sumidas en el salvajismo ó aún más abajo de él. Triste cosa es que la redención del hombre se levante sobre guerras, pillajes, conquistas, bárbaras explotaciones y toda clase de miserias, pero las cosas son como son y no pueden ser de otra manera.

El proceso histórico es uno y no puede ser más que uno. No cabe ya que hayan sucedido las cosas de otro modo que como sucedieron. Y venimos ahora condenando á las generaciones pasadas, y juzgando si obraron bien ó mal, y repartiendo alabanzas y vituperios á los personajes históricos, arguye la más cándida é infantil concepción de la Historia. Es la mayor de las simplezas someter á juicio á Napoleón, v. gr., para absolverle ó condenarle, simpleza que sólo reconoce, en Historia, otra mayor, y es la de meterse á disertar qué es lo que habría ocurrido de no haber sido el tal Napoleón derrotado en Waterloo. Tanto valdría disertar sobre lo que sucedería de no tener los mamíferos hígado.

Cuando se concibe el proceso histórico como proceso natural, no se escandaliza uno de lo que suponemos se hayan escandalizado algunos de nuestros lectores.

Mas hay otro error de que tenemos que hablar. Y como esto va largo, lo dejaremos para otro artículo, sirviéndonos la mostración de ese error de vuelta de esta digresión al tema capital de estos artículos.

LA BOLSA

Se juega con cartas, con dados, con ruleta, con piojos, y se juega también con las desgracias de los pueblos. Se apuesta á todo, á las carreras de caballos y al noble y viril juego de la pelota, y á lo que salga. Y se apuesta á que tal ó cual pueblo saldrá airoso de tal ó cual empresa ó al resultado de tal operación militar que puede costar mucha sangre.

Considérase en el juego de la pelota el tongo como una verdadera infa-

mia y se han dado alguna vez—pocas por desgracia—graves sucesos por la venta de tal cual jugador. Nada se considera más denigrante y bajo que el jugador de ventaja, que, sin duda alguna, no se eleva nada sobre el saltador de caminos.

Y, sin embargo, se oye casi impasiblemente que tal ó cual noticia es una jugada de Bolsa, sin parar la atención de las consecuencias que una noticia puede traer, y se oye que tal cual intenciona, en que á las veces alguien muere, fué una jugada de Bolsa, y no se piensa si no será el juego en grande, la brutal especulación de los elefantes del capitalismo, una de las más radicales causas de toda guerra.

Dejando para otra ocasión el extendernos sobre esto, no podemos aquí dejar de decir que ni aún á los humildes y modestos bolsistas que no pretenden influir en los sucesos sobre que juegan—sobre todo porque no pueden—limitándose á jugar sobre ellos, como el noble jugador de naipes que ni los marca, ni hace prestidigitaciones con ellos, ni aún á esos humildes y modestos bolsistas podemos tenerlos como sujetos normalmente morales. Si estuviera un desdichado luchando con las olas en medio del mar, haciendo desesperados esfuerzos por alcanzar la playa y dos espectadores apostarían á que la alcanzaba, por fin, el uno, y el otro á que se ahogaba ¿qué pensaríamos de la integridad moral de estos señores? ¿qué de su disculpa si os dijeran que no podían ayudarle, porque no sabían nadar, y que con su apuesta ni le quitaban ni le daban nada? Porque aun supuesto que no se había de enterar de la apuesta—pues en tal caso influiría en su ánimo—la frescura de los jugadores es manifiesta.

El que apostaba en favor del ahogo estaría deseándolo en su corazón, haciendo fervientes votos porque tragara el nadador tanta agua que acabara por tragarle ésta, rezando tal vez á Dios para que diese pronto el eterno premio al infeliz angustiado.

Nada rebaja más el espíritu, envilece el carácter y embrutece al hombre, que el tomar las cosas graves en juego, y si el juego no es distracción, sino juego de azar, llega el que así toma las cosas á uno de los más bajos escalones en la dignidad humana.

Si hubiese un regular sentido moral, se formaría tal idea de los que juegan á la Bolsa, que no se les tendría verdadera consideración; mas van de tal modo las cosas, que son tan respetados como los que se dedican á seducir á las hijas de los pobres ó á comprárselas á sus madres, que suelen ser no pocas veces aquellos mismos, honorables ocupaciones ambas á que aquí, en este pueblo, se dedican no pocos. Y otros se dedican á defenderlos y á predicar la doctrina de la más extraña tolerancia. Porque una cosa es que la ley no pueda ó no deba prohibir ciertas cosas y otra es que las costumbres de la gente verdaderamente honrada, las rechacen. Una cosa es que la ley no prohíba las apuestas en las frontones y otra que las personas honradas traten á los tahures de la cancha y á cuantos de ésta viven, como á los que viven de un trabajo moral y socialmente honrado.

Y como sobre esto hay que volver amenudo, concluiremos con una sola palabra y es ésta: ¡indecentes!

Emigración

No es la emigración la que produce falta de brazos y con ella imposibilidad de más intenso cultivo, sino es la imposibilidad de cultivo más intenso la que engendra la emigración y la falta de brazos. Y esta á su vez, no cabe negarlo, dificulta la intensificación del cultivo. Es un terrible círculo vicioso—uno de los círculos viciosos en que se destruye nuestro régimen económico-social—mas, como en todo círculo vicioso, hay que buscar, para salir de él, cuál es el elemento primario y cuál el secundario, y de qué depende aquel primero.

Causarían risa sino acabaran causando indignación, las estúpidas denuncias que en los periódicos se ven sobre la emigración, y las necias medidas que se preconizan para impedir-la, medidas que revelan el más profundo desconocimiento del origen del mal. Eso de tratar de convencerles de la miseria que les espera tiene mucha gracia; de lo que habría que convencerles es de que aquí viven perfectamente bien, y de que hay pocas cosas más gratas y provechosas que irse de Galicia á Castilla, dentro siempre de la amantísima madre patria, á languidecer bajo un sol de fuego, segando un trigo ajeno.

¡Detener la emigración! ¡Ahí es nada! La emigración no se detiene sino deteniendo el lento proceso que lleva á la rarificación de los cultivos para salvar los rendimientos, la conversión de tierras de pan llevar ó de viñedo en pastos, efectos todos de causas económicas muy hondas, que no se curan con ese archi-estúpido proteccionismo que, cual remedio á las crisis agrícolas, predicán los cortos de vista. Esto es agravar el mal, es favorecer por algún tiempo á los propietarios, negociantes, acaparadores y usureros en perjuicio del pueblo.

Nuestra vieja agricultura, ahogada bajo el sacratísimo derecho de propiedad en sus formas más fósiles, no resiste el empuje de la agricultura de países donde el soplo del mercantilismo y del industrialismo modernos, padres del progreso social de hoy, donde ese soplo, decimos, ha llegado hasta la tierra.

¡Detener la emigración! Tanto valdría poner puertas al campo. Si se quiere que esos infelices no abandonen lo que llamamos su patria, no hay otro remedio que hacer que lo sea de veras, patria, de pater, padre, verdadero padre. Y ni aún esto.

La Historia toda es la marcha del hombre en su progresiva liberación de la tierra; amo y no esclavo de ella debe de ser. No hay más patria con porvenir que la patria espiritual, la que llevamos en el alma, concentrada allí á presión de siglos; el terruño, el mezquino terruño no debe ser sino nuestra verdadera propiedad, la de la Humanidad. Si una tierra no sirve á otra!

A esto ponen trabas los explotadores de los suelos patrios, los fomentadores del absurdo patriotismo, los que teniendo á todas horas en la boca la voz patria, aborrecen la verdadera patria humana, la santa patria desligada del espacio, la santa solidaridad humana. La patria está en el espíritu y no en unas colinas ó unos pedruscos viejos.

Como el heróico Robinsón debe el hombre llevar la patria consigo; donde él vá, va la cultura toda que debe á su raza.

Santo y bueno que busque cada

cual sus más semejantes; pero todos debemos combatir á ese sentimiento de esclavitud con que quieren los dueños de un terruño retener en él á los explotados.

De esto de la patria ¡hay tanto que decir!

REVISTILLA

Un periódico de gran circulación, que tiene la necia pretensión de llevar aquí la batuta de la sensatez y el buen sentido, *El Imparcial*, por más señas, se ha conmovido con el espectáculo de la usura patriótica (á 6 por 100 con sólidas garantías) y, reventando de sublime orgullo, se dirige á los cubanos y les anuncia que España puede hacer la guerra, si le viene en gana, disparando «balas de plata».

Aquí lo que podemos disparar es mucho sinvergüenza peninsular con un gañote capaz de tragarse toda la plata de las Aduanas de Cuba.

Y muchísimos mentecatos con los que podríamos nublar el sol, como el ejército de Jerjes con sus flechas.

Se ha propuesto dar la gran cruz de Beneficencia á los toreros que tomaron parte en la corrida á beneficio de los soldados heridos.

No está mal, ni hay motivo para que la gente se escandalice.

Hay por ahí tantos caballeros *décors* sin chispa de decoro, que es ofender á los coletas, al considerarlos menos dignos.

Así como así, España no es hoy sino el pafio de Monipodio con sus Rinconetes y Cortadillos y toda suerte de rufianesca gente con cruces y bandas.

La gran cruz la lleva el pueblo en su eterna marcha por su Calvario.

A *La Epoca* le ha parecido el famoso empréstito nada menos que una confesión plebiscitaria de que el país quiere que siga la guerra.

¡Claro! Han hablado en ese «plebiscito» los cincuenta mil señores que tienen algo que perder, si se pierde Cuba, de modo que ¡quién hace caso de los diez y siete y pico millones de descamisados que han enmudecido en ese jaleo de las pesetas!

Verdaderamente, estaba reservado al periódico que escribió con motivo de un descarrilamiento «felizmente los coches eran de tercera», concebir un plebiscito sin plebe.

¡Es mucho el ingenio de estos conservadores, y mucho su amor al pueblo!

De la honorabilidad de nuestros periodistas teníamos un gran concepto. Los más distinguidos como Burell, Figueroa, Francos Rodríguez, etcétera, han saltado, con suma gentileza, de la democracia á la reacción, por nobilísimos móviles. Se han vendido ó alquilado como cocheros de punto; pero, ¡oh cielos!, lo que no habíamos visto ni creído es la gran felonía de un periódico entero, que, de la noche á la mañana, se pasa al enemigo con premeditación y alevosía.

El Globo desertó del campo republicano en pos de otros parajes, donde los principios se tornasen en verdaderos principios substanciosos y nutritivos.

No hay idea que valga lo que una chuleta; una mesa bien provista es un ideal seductor.

Eso es saber distinguir.

Mas, quien lo entiende de veras es *El Herald*. Se hace una reputación y un público tocando con amor la lira democrática, llega á la gran circulación, volando con las alas del espíritu

liberal de la época, y entonces... á una... á dos... á tres... ¡pun!, al campo reaccionario, nada menos; á entregarse á Comillas y á toda la frailería andante y pagante.

Pero ¡qué gitanos son! ¡qué tocineros!

Y qué tal reaccionario será *El Herald* que hasta la archi-reaccionaria *Epoca* ha tenido que tirarle de la cuerda en un artículo liberal (!) titulado «¡Vivan las caenas!»

Pero él sigue en sus trece. El carlismo y los toros son su predilección.

Con el *Barquero* alternan dignamente sus dos abundantísimos colaboradores, Repáraz y Retana, cuyos trabajos reproduce con regocijo la prensa carlista, sin máscara.

Repáraz resulta profeta, según dice él; todo lo que ocurre en Cuba lo había predicho; de todo tienen la culpa las condenadas corrientes modernas que entran por el Pirineo. No hay más salvación que volver la vista atrás, seguir la política de los Austrias, sobre todo, imitar al simpático Felipe II.

Nosotros proponemos un medio más eficaz: exterminar á todos los cubanos y repoblar la isla con negros, restableciendo la esclavitud. Y en dos siglos, por lo menos, podemos seguir explotando la colonia en paz y en gracia de Dios.

He aquí un bello programa que, sino existiera el pudor de la hipocresía, hallarían de perlas los carlistas más ó menos encubiertos.

El País es otro que tal baila. Misonista por dentro, pegado á las tradiciones y á los prejuicios, inculto y motinesco.

Gente depravada, amante de la revuelta por la revuelta misma. Carecen de todo sentimiento religioso y tratan de corregir las incorrecciones de los jesuitas, que, malos y todo, valen más que ellos.

Nada más estúpido que la clerofobia de este periódico, tan revoltoso como ignorante. Es bien cobarde eso de cebarse en el clero y luego halagar al militarismo.

Y lo más repugnante es que se tome el nombre del pueblo cuando no se le conoce ni se le ama.

Parecía que el género chico no podía achicarse ya más.

Pues nada, eso ya está anticuado. Ahora se usa el género atómico. Era mucho soportar media hora el desarrollo de una trama.

Ya no hay atención que resista un argumento, por pueril y estúpido que sea. Ya no hay argumento ni trama, hay... *Cuadros disolventes*.

Los cuales *Cuadros* es una obra in-calificable por lo sucia y tonta; pero gusta, gusta.

Todo está á la misma altura, público, cómicos y autores.

¡Y hubo un cándido que intentó introducir aquí el teatro de ideas!

¡Ibsen en España! ¡Repáraz nos valga, qué locura!

Municipaleras

Se nos ha echado encima el invierno con su fúnebre cortejo de fríos, miserias y calamidades de todo género en el hogar del pobre.

Pero ahí está la Comisión de Gobernación de nuestro paternal Municipio, que, sintiendo como cosa propia las desdichas de los jornaleros sin trabajo, se presta á mitigar con cariñosa solicitud el hambre que los diezma.

¡Bendita caridad, que sirves para

dar salida á garbanzos deteriorados y bacalao putrefacto!

En la sesión del miércoles pidió el señor Leguina, á nombre de la citada Comisión, se la autorice para comenzar á dar raciones de rancho en la Plaza de Toros, como en otros años y con las 3.000 pesetas sobrantes que hay de anteriores suscripciones.

El concejal socialista dijo á este propósito que las necesidades y las estrecheces y las miserias de la clase trabajadora son cada vez mayores, no sólo por culpa de los temporales sino de las crisis de trabajo que engendra este régimen maldito, de tal modo que los trabajadores ya no necesitan bulas, porque para ellos todo el año es Cuaresma. Que era preciso hacer algo más eficaz en favor de los pobres sin trabajo que lo que hasta aquí se ha venido haciendo. Que es repugnante eso de hacer ir con el puchero á gentes llenas de salud y de vida deseosas de trabajar. Que hay mucha miseria oculta, muchos pobres vergonzantes, gentes que por su educación y por sus hábitos no pueden ir con el puchero bajo el brazo, prefiriendo antes morirse de hambre en el rincón frío del hogar.

Citó el pueblo de Roubaix y otros franceses, cuyos Ayuntamientos son enteramente socialistas, y donde no se dan casos de tan extremada miseria. Pidió que aquí, en Bilbao, se nombraran Juntas de distrito para que averiguaran las mayores miserias y se socorrieran con donativos en metálico. Que se hiciera algo, en fin, fuera de lo rutinario que deja sin atender las verdaderas necesidades del pobre, para lo cual proponía se hiciera un llamamiento á las clases acomodadas, esas clases que han dado 37 millones de pesetas para una guerra inicua y que, indudablemente, mejor darían para dar de comer al hambriento y de vestir al desnudo.

Al público que presenciaba la sesión, le pareció muy bien lo dicho por el compañero Perezagua y se permitió expresar en alta voz, lo que encontró muy mal el señor Alcalde, dando á entender con la campanilla que el público iba allí á oír, ver y callar, al revés de los concejales, que no van más que á hablar.

La peroración del concejal socialista fué escuchada con gran recogimiento por los demás ediles y debió hacerles tal impresión, que, por unanimidad, fué tomada... en *desconsideración*.

El beatífico señor Storm se limitó á protestar por lo de las bulas y se quedó tan ancho.

El señor Iturrino hizo más. Dijo que á los pobres el dinero les perjudicaba, que no había que darles un céntimo.

Vamos, este es de los que no quieren que el pobre se envíe y se pierda. Y para eso no hay como tener siempre al pueblo en la miseria. Así ellos podrán echársela de caritativos con media arroba de patatas. Lo de Juan de Robres.

El señor Leguina dijo que era un hermoso ideal lo que proponía el concejal socialista, cuyos sentimientos le honraban, pero que era un imposible. Que lo práctico eran las raciones de rancho y él á eso se atenia y que todo lo demás eran idilios.

¡Qué idilios ni qué ocho cuartos! ¡Si sabrá el señor Leguina lo que son idilios! Para llevar á la práctica lo que Perezagua proponía no es menester más que buena voluntad y querer de veras hacer algo en bien de los que sufren.

Pero, en resumidas cuentas, el caso es que se acordó que se dé la bazofia acostumbrada en otros años.

Cuando se trata de ¡catachín, chín, chín!, ¡viva la libertad! y del Dos de

Mayo, todo vana palabrería, en el Ayuntamiento se marcan profundas diferencias entre los concejales, mas cuando se tratan de cosas que afectan al pobre, republicanos, liberales y carlistas todos son unos.

A los republicanos les encanta ver al pueblo hambriento riñendo á puñetazos á la puerta de la Plaza de Toros para cojer su ración, como les sucede á los carlistas verle á la de los conventos comiendo la histórica sopa. Son tales para cuales. Aprende, pueblo.

DE AQUI

Y DE ALLI

Por los periódicos llegados de la República Argentina vemos el profundo arraigo que van tomando en aquel país las ideas socialistas.

Ultimamente se han producido multitud de huelgas de oficios diversos en Buenos Aires y otras capitales, reclamando los obreros la jornada de ocho horas y aumento de salarios.

Algunos oficios han salido triunfantes en sus reclamaciones y otros han sucumbido en la demanda por falta de sólida organización.

La que tiene verdadera resonancia por lo valientemente que se sostiene, es la de obreros mecánicos y de ferrocarriles, que, á pesar del mucho tiempo que dura y de todos los atropellos policiacos y patronales, se cree fundadamente en el triunfo de los obreros que reclaman la jornada de ocho horas y la supresión del trabajo á destajo.

Los obreros de los demás gremios organizados ayudan moral y materialmente á los mecánicos.

El Partido Socialista italiano ha acordado emprender una activa campaña de propaganda en favor del sufragio universal.

También ha resuelto publicar un periódico diario desde el próximo año.

Para acometer esta empresa ha juzgado preciso reunir antes 100.000 pesetas. A la fecha cuenta ya con 60.000, y calcula que de aquí al próximo mes de enero se reunirán las 40.000 que faltan.

Este diario aparecerá en Roma y lo dirigirá el correligionario Bissolati.

Nueva forma de suicidio:

«En la novillada celebrada el domingo en Madrid salió un joven al redondel citando al toro. Acudió éste y enganchó al mozo, hiriéndole en un muslo.

Fué trasladado á la enfermería en grave estado y se teme que fallezca.

No ha querido declarar su nombre. Dijo que fué de Sevilla á buscar trabajo y que hacia cuatro dias que no comía.»

La gran cooperativa Casa del Pueblo, de Bruselas (propiedad del Partido Obrero), ha decidido que, á contar desde primero del año próximo, todos sus miembros, é igualmente sus familias, tengan derecho gratuitamente al servicio medical y farmacéutico. Se calcula que este servicio costará á la cooperativa socialista 30.000 francos todos los años.

Más víctimas de la explotación.

Anuncian de Recklinghausen (Alemania), que en la catástrofe ocurrida en la mina de carbón de piedra General Blumenthal, á consecuencia de una explosión de grisú, han muerto muchos obreros. Veinticinco cadáveres han sido extraídos de las galerías y quedaron sepultados otros 45 obreros.

El Centro Socialista de Milán ha hecho acuñar medallas con el retrato de Carlos Marx para ser vendidas á bajo precio entre los adictos.

Una de estas medallas de plata fué enviada á la hija de Marx, recibiendo el donante la respuesta siguiente:

«Caro compañero: No sé cómo expresar mi agradecimiento á usted y á los compañeros de Milán por la hermosa medalla que habéis tenido á bien enviarme.

Tampoco sabría expresar cuánta conmoción he experimentado, y cuán orgullosa

estoy de esa medalla, porque expresa lo que mi padre habría querido significara, no la admiración sentimental por un hombre, sino vuestra fe socialista.

Esta medalla dice, además, que vosotros no aceptáis ideas más ó menos privadas de fundamento, sino que aceptáis el Socialismo científico y que es esta ciencia en la que vosotros creéis.

Además, la medalla significa que habéis comprendido que somos un Partido de lucha, y que es en el terreno político donde debemos bregar, como Partido de clase, sin compromiso alguno con los partidos burgueses.

Gracias entonces, compañero, por vuestra carta y por el presente que yo conservaré durante toda mi vida en recuerdo de los hermanos y hermanas de Italia.

Con afecto fraternal.

ELEONORA MARX AVELING.

Londres, 1896.»

Los concejales socialistas de Bruselas han presentado dos proposiciones: una, pidiendo que se creen cantinas escolares en todos los barrios, y que los niños que acudan á ellas tengan derecho á una buena comida diaria, dos trajes al año y, si alguno de ellos estuviera enfermo ó débil, á formar parte de las colonias escolares; y otra, solicitando que se eleve la partida destinada á remunerar el personal empleado por el Ayuntamiento, á fin de poder conceder á aquél el salario mínimo de 4 francos y la jornada de ocho horas.

El domingo antepasado tuvo lugar en Toulouse (Francia) la elección de consejeros municipales, en la que nuestros amigos presentaron una lista completa contra la candidatura oportunista. Los socialistas obtuvieron el triunfo por enorme mayoría.

El señor Arana ha sido absuelto por el Jurado en una causa que se le seguía como director de Biskaitarra.

Nos alegramos.

Su abogado defensor rechazó á los jurados que no tenían apellidos vascongados. Eso quiere decir que esos chillados biz-

kaitarristas, si fueran jurados, condenarían á un maketo, sólo por serlo. ¡Pobres gentes!

Ha fallecido en Santander don Antonio María Coll y Puig, director-proprietario de La Voz Montañesa, miembro del Consejo Nacional del partido federal afecto al señor Pi y que tuvo con el compañero Pablo Iglesias la célebre controversia acerca del Socialismo que se contiene en uno de los folletos de propaganda de nuestra biblioteca. Descanse en paz.

Ha quedado constituida la Agrupación Socialista de Erandio (Desierto).

El Comité lo forman los compañeros siguientes:

Presidente, Felipe Martín; Tesorero-Contador, Martín Sáez; Secretario, Cándido Zarobe; Vocales, Fermín N. y José Muñiz.

Con esta son siete las Agrupaciones Socialistas con que cuenta en Vizcaya el Partido Obrero.

Los obreros panaderos madrileños han venido celebrando varias reuniones en el Liceo Rius con los dueños de tahonas y parece que se llegará á un acuerdo, pues son muy pocos los patronos que se muestran intransigentes.

Se han declarado en huelga en Hamburgo 5.500 obreros del puerto. En Bremen y Lubett se han declarado también en huelga los obreros cargadores.

Todos piden aumento de jornales.

Leemos en un periódico que en vista de que los socialistas van invadiendo la empleomanía del Ayuntamiento de París, se ha acordado no concederles ningún nuevo empleo en lo sucesivo.

Eso está bien. Porque ahora no se dice que en el Municipio de París haya irregularidades.

Y la cosa es que las haya, metiendo republicanos y clericales.

ALMAS MUERTAS

Historia de una familia burguesa

XXVI

Cavilando, cavilando, dió don Manuel con una idea que creyó magnífica para obtener lo que deseaba de Pedro.

En los cuatro años que éste llevaba de médico en Sirbas no había habido entre ellos ningún trato ni relación. Algunas veces que se cruzaron en el camino, cuando Ranzade iba á la fábrica, pasaron de largo sin saludarse, así que no veía don Manuel la forma de ponerse al habla con el olvidado pariente pobre y pedirle á boca jarro un favor como aquel, que sabe Dios si lo negaría. Entonces se le ocurrió la gran idea de mandar con la embajada á su hija Consuelo, pues él sabía que era la única persona de la familia á quien Pedro estimaba de veras.

Consuelo, desde que se casó, vivía en una de las buenas calles de la parte nueva de la ciudad, y allá se fué el gran minero. Refirióla el caso, expresóla los enormes perjuicios que estaba sufriendo y el temor de una ruina, si las cosas continuaban así, y la convenció, al cabo, de que debía ir á ver á Pedro. Se ofreció su marido á acompañarla, pero no insistió por delicadeza, de modo que aquella misma tarde llegaba Consuelo á Sirbas en coche sin más compañía que el mayor de sus dos hijos.

Despertó mucho interés la llegada de aquel coche reluciente, burgués, á la puerta de Pedro, pero cuando los obreros vieron descender á una señora con un niño, creyeron

que se buscaba al médico y no al amigo de los trabajadores en huelga.

La súbita aparición de Consuelo causó á Pedro sorpresa y emoción, emoción profunda, una llamarada que salía del mortecino rescoldo que en los repliegues de su corazón dejó el amor de otros días, la pasión que alegró sus tristezas en los años de estudiante.

—¡Oh, Consuelo! ¿Tú por aquí?—dijo al tenderla la mano.

—Sí. Somos muy egoístas; no nos acordamos de tí más que cuando nos haces falta.

—Pero dime, ¿eres feliz?

—Sí—contestó Consuelo con resolución, y Pedro, que la miró frente á frente y que conocía muy bien el lenguaje de sus ojos, comprendió que era verdad—. ¡Feliz!... prosiguió Consuelo—feliz completamente no es nadie. Cuando el prójimo sufre no se puede ser feliz; pero, concretándome á mi vida interna, quiero decir, á mi casa, no tengo que quejarme de nada. Mi marido es bonísimo y los chiquitines nos alegran y nos hacen amar la vida. Tengo dos, este es el mayor.

Pedro se inclinó para besar al niño, y entonces sintió otra llamarada del rescoldo que tenía en lo hondo. Aquel niño blanco, precioso como una porcelana, con su cabecita rubia con largos rizos, era el mismo, el mismo que él había visto en sus ensueños de felicidad junto á Consuelo, en el amoroso hogar apacible que torjó en su mente. El no era su padre; pero, sí, algo tenía aquel niño de su sér; su mente lo engendró antes que su padre, y le besó una y otra vez con ardiente amor paternal.

—Pues, como te he dicho, el asunto que me trae aquí es puramente egoísta.

—No, Consuelo, no puede ser egoísta. Tú tienes alma, y los que tienen alma no son egoístas. Dí lo que sea...

—Pues eso de la huelga... es un encargo de mi padre...

—¡Ah!—exclamó Pedro sonriendo por la infantil astucia de Ranzade—. Pero ese no es asunto propio para tratado entre tú y yo. Si desean llegar á un arreglo, yo lo celebro mucho; pero es preciso pactar, fijar condiciones...

—¡Pobres obreros! He visto por ahí cuando venía centenares de ellos durmiendo al sol, chiquillos harapientos, mujeres desgredadas; muchas han asaltado mi coche en marcha pidiendo una limosna con riesgo de ser atropeladas por los caballos. ¡Pobres, pobres! ¡Miseria espantosa que me tortura el alma!

—Por eso te decía que este no es asunto para tí. Si nos dejaran á los dos lo arreglaríamos muy bien; los humildes mitigarían algo su dolor; pero los soberbios se oponen. Vuelve, Consuelo, á tu casa, sé feliz con tu marido, educa á tus hijos tú misma, Consuelo, moldea con cariño sus tiernas almas, inclínalas al bien, al amor de sus semejantes, que sean buenos y humanos y justos. Y puesto que tu padre desea poner fin á este estado de cosas, yo me veré con él esta misma tarde y quiera Dios que mañana vuelva la paz á Sirbas y el calor y la alegría al hogar de los tristes.

A decir verdad, Consuelo había casi olvidado á Pedro con el trajín de su casa, y al volverle á ver en esta ocasión, renació con más fuerza la antigua simpatía; le encontraba admirable en medio de la pobreza de su casa, en la austeridad de su vida, entregado devotamente al alivio y á la defensa de los humildes, de los desheredados, de los pobres hijos de la miseria.

Y cuando corría el coche per el camino de Sirbas, besaba emocionada al encantador muchacho y le decía:

—Ese caballero es muy bueno; sé como él, hijo mío; ya le has oído: hay que tener amor

á los semejantes, hay que ser buenos, humanos y justos. Esos pobres niños que hemos visto en el pueblo son tus semejantes, quiérellos, quiérellos, hijo mío!

Y el niño callaba; pero su dulce mirada, como el puro sol de la mañana, expresó que su alma infantil recogió las amorosas palabras de la madre.

Al caer de la tarde llegó Pedro al palacete de Ranzade, quien á la sazón se hallaba ausente. Decidió Pedro á esperarle, y púsose á dar paseos á lo largo del jardinillo enverjado, que encerraba tantos recuerdos para él, recuerdos melancólicos de una infancia sin el calor de una madre, con la hostil sequedad de doña Rafaela, sin más amparo que aquel tío brusco, sin cesar sumergido en el mar de los negocios, aquella prima Manuela, orgullosa y altanera, con su mortificante desdén, tratándole siempre como al pariente pobre recogido por caridad, y aquel Andrés, seco como su madre, sin alma, sin sentimientos, viviendo veinte años juntos sin poder establecer una corriente de simpatía, de cariño fraternal, de ideas, porque todo se extinguía en la absoluta banalidad de aquel joven cuyo espíritu espantosamente vacío no hacia eco ni devolvía las sensaciones que se le enviaban. Y aquella adorable Consuelo, la bonísima muchacha rubia, muerta para él, ¡cómo la recordaba al ver aquel ángulo del jardín formado con un macizo de yedra y un banco rústico rodeado de hermosos claveles, violetas y pensamientos! ¡Cómo barrió el huracán las reseca hojas de sus ilusiones de otro tiempo! Aquella soñada felicidad ¡cómo huyó! ¡Qué brutal zarpazo de la suerte al arrancarle de raíz aquel amor tan fuertemente asido á todas las fibras de su corazón!

Aún le dolía un poco, aún. Pero en las almas vigorosas no se agota el manantial que mitiga las penas; de las cenizas de un

SUSCRIPCIÓN VOLUNTARIA
A FAVOR DE LOS PRESOS EN LA CÁRCEL DE
VALMASEDA POR LOS SUCEOS DE LA
FRANCO BELGA

| | Pesetas. |
|--|----------|
| Suma anterior | 45,25 |
| Bilbao | |
| Un obrero, 0,10; Beallate, 1; Un obrero, 0,30; Cortázar, 0,25; Carral, 0,25; Carral, 0,25; Un obrero, 0,25; Iglesias, 0,25; Cermefio, 0,50; Perezagua, 0,50.—Total | 3,65 |
| Total general | 48,90 |

(Continuará.)

Ecos de las minas

Compañeros de LA LUCHA DE CLASES:

Los hombres que hacen alardes de intolerancia, lo mismo en política que en religión, ya estén vestidos del carácter que se quiera, merecen la reprobación de todos los hombres sensatos.

Ha llegado aquí últimamente un sacerdote que, al parecer, se ha propuesto hacerse célebre por su ignorancia supina y sus arrebatos fanáticos.

Qué tales luces tendrá que ha asegurado muy fresco desde el púlpito que los temporales que venimos padeciendo en esta región, y aun las guerras de Cuba y Filipinas, tienen por única causa la lectura de los periódicos impíos y las blasfemias que, según él, profieren los obreros de las minas.

Aferrado á estas ideas, sin duda, el 11 del actual se lió á brazo partido, en plena calle de Gallarta, con una pobre anciana vendedora de periódicos, á fin de arrebatarse los números que llevaba de *Las Dominicales* para quemárselos sin duda.

La gente que presenció este hecho hizo entender al cura el atropello que cometía y se fué el hombre tan arrogante, creyendo

amor muerto nace otro mayor, purificado por el fuego de la pasión inextinguible, un amor que fué concentrado y se difunde, amor de humanidad, amor de amor, amor de bien y de justicia, el que llevaba á Pedro aquella tarde á casa de Ranzade.

En el saloncito del principal hallábase doña Rafaela, su hija y el carcamal de su futuro, que la estaba diciendo mil baboseñas. Desde allí vieron á Pedro, que proseguía en sus paseos á lo largo del jardinillo.

—¡Qué buscará ese danzante!—exclamó la señora—. De seguro que viene á dar algún sablazo.

—¡Ay, qué facha!—dijo el sífilítico duque porque, en efecto, Pedro no vestía á la última, y tenía la desgracia de llevar una americana con unas solapas que hacía lo menos tres años que la mala las condenó.

En aquel momento entró en el jardín don Santos Artola, y, como si olvidara la bronca aquella de los libros, saludó muy finamente á Pedro.

—¡Cómo! ¿Usted por aquí? ¡Oh! Tanto gusto el verle.

—Muchas gracias.

—Y qué busca usted á don Manuel, eh?

—No, parece que es él quien me busca á mí—contestó Pedro vivamente, creyendo notar un poco de ironía en la pregunta del cura.

En inmediatamente éste, con su agudo ingenio maligno, adivinó todo, comprendió que Ranzade maniobraba por su cuenta y tiraba por camino distinto del que él le había señalado para resolver la huelga. A su rostro plácido nada salió; pero por dentro ¡qué agitación de ira y de soberbia, qué indignación contra aquel bruto que despreciaba sus consejos, y se rebelaba contra su tutela moral! El terrible amor propio de don Santos se revolvió como mar embravecido. Sentía un odio atroz hacia Pedro y desprecio hacia Ranzade. ¿Qué componen-

que así se gana el cielo y se defiende la religión.

Poca fe tienen estos curas en la religión, cuando tanto temen á las críticas que de ella hacen los periódicos.

Y á otra cosa.

Este Ayuntamiento acordó hace tres meses abrir, durante la estación de invierno, escuelas nocturnas para los obreros.

Contentos los obreros amigos de instruirse, han acudido á la escuela que se ha abierto desde 1.º de noviembre, pero se han encontrado con que los profesores, ayudados por los curas, sólo se ocupan de enseñar doctrina cristiana, el Padrenuestro y otras oraciones.

Como los obreros quieren aprender cosas útiles, lectura, escritura, contabilidad, etcétera, su desencanto ha sido grande.

Los obreros de las minas ya saben lo que deben á la religión y á los hombres religiosos; de modo que el Ayuntamiento puede cerrar la escuela nocturna sino sirve más que para eso.

Por hoy no tengo más que comunicaros.

Vuestro y de la R. S.,

EL CORRESPONSAL.

Gallarta, 18 noviembre 1896.

Avisos

Rogamos á los suscriptores y correspondientes de dentro y fuera de la localidad que se hallan atrasados en el pago de suscripciones y paquetes, procuren ponerse al corriente lo más pronto posible, para la buena marcha de esta Administración.

Los afiliados de la Agrupación bilbaína que se hallen en descubierto en el pago de cuotas, deben ponerse en la situación que marca la Organización, hasta fin de año, sino quieren que se les dé de baja en el Partido.

Los que se hallen ó hayan estado enfermos ó sin trabajo, deben ponerlo en conocimiento de este Comité, para deducirles los meses de cuota que por este concepto les corresponda.

El Comité socialista de Bilbao se re-

da era aquella que iban á tratar? ¡Qué intolerable desprecio para su plan, el plan salvador para dominar á los trabajadores, para subordinarlos, para disciplinarlos, el sabio plan de la intolerancia aceptado por todos los consejeros y directores de las fábricas! Se propuso disimular y hacer hablar á Pedro para saber á qué atenerse.

—Si le parece á usted, charlaremos ahí un rato, entre tanto que llega don Manuel. Ya no puede tardar.

Y Pedro movió la cabeza como diciendo: «lo mismo me da; charlaremos donde usted quiera». Llevóle el cura á aquel rincón de sus recuerdos, al ángulo de yedra, y sentáronse en el banco rústico. No había á la sazón ni claveles, ni pensamientos, ni violetas; unos hierbajos lacios, nada más. Era el mes de octubre. Anocheecía. Corría un viento caliente, pastoso, casi palpable; el viento Sur que tira las castañas, y desnuda á los árboles, y lleva de acá para allá, en locas danzas circulares, montones de secas hojas acartonadas, el viento precursor del invierno triste, el que encrespa los mares y enrojece el cielo é imprime modulaciones lúgubres al sonido de las campanas, con cuyas vibraciones, apretándolas ahora, dejándolas luego marchar en ondas lentas, persiguiéndolas después y acumulándolas en forzada marcha, hace combinaciones y juegos tan caprichosos como con las hojas caídas.

Pedro tiró el sombrero á un lado; aquel pegajoso viento le fatigaba. Hubo unos minutos de silencio, turbado sólo por el correr de las hojas secas en remolinos, y, al cabo, Artola rompió á hablar.

—Y ¿sabe usted para qué le llama don Manuel?

—Para lo de la huelga.

—¡Hombre!

—Mire usted, ese disimulo está demás.

Nosotros nós conocemos, ó, por lo menos, yo

conozco á usted muy bien. Deje la comedia para cautivar á las beatas.

—No, amigo; usted juzga muy de ligero. Créame que no sé una palabra de esto.

—Bueno; pues si no lo sabe usted, sepa que vergo aquí representando á esos pobres que piden no más que un poco de justicia á los amigos de usted, los poderosos. Si ustedes, el clero en general, que tanta influencia tiene aún con los de arriba, fueran buenos, si conservaran algo de aquel divino soplo, de aquella unión, de aquel sentimiento de justicia, de aquella noble austeridad de los primeros cristianos, de aquel Jesús sencillo y amoroso; de San Pablo, el de la máxima *qui non laborat nec manducet*; de San Basilio, el que fustigó á los ricos; de San Juan Crisóstomo, el de los anhelos de una equidad comunista; de San Jerónimo, el que acusó de ladrones á los opulentos; de San Ambrosio, cuya voz se alzó contra la usurpación del trabajo del pobre; de San Clemente, el de las aspiraciones ardientes de justicia; de San Francisco de Asís, el humilde amigo de los humildes, de los pequeños, de los que gimen en la miseria... si ustedes conservaran algo de esto, ¡qué obra la de ustedes, qué acción tan eficaz, tan salvadora, sobre la conciencia de esos ricos codiciosos, cuánto dolor evitado! ¡La justicia reinando en el mundo, el sufrimiento reducido á sus naturales límites, no más miseria, no más llanto, no más crueldad, no más guerra, Dios mío, no más, no más!

—¡Hermoso ensueño, amigo mío! Pero eso no es posible.

—Si es posible—gritó Pedro, con grito apasionado de corazón.

—No—replicó el cura, friamente—. Este mundo no es más que un paso para el otro, el eterno, el único donde está la verdadera justicia. Poco importan los dolores de esta vida si en la otra han de ser compensados

CORRESPONDENCIA

Cobarón.—R. S.—Recibidas 3 pesetas de paquetes.

San Sebastián.—A. B.—Recibidas 3 pesetas y tiene abonado hasta fin de mayo del 97.

San Sebastián.—I. P.—Recibida 1 peseta de su suscripción, hasta fin enero 97.

Madrid.—C. C.—Se sirve su suscripción y números atrasados.

Cobarón.—R. S.—Se sirve su suscripción.

Madrid.—EL SOCIALISTA.—Servid una suscripción á Roque Sáiz (Vizcaya), minas de Cobarón, por San Juan de Somorrostro.

Salamanca.—B. P.—Recibidas 4 pesetas de las suscripciones de esa.

Portugalete.—J. G.—Recibidas 6 pesetas á cuenta de paquetes, del mes de octubre.

LIBROS Y FOLLETOS

DE VENTA EN ESTA ADMINISTRACIÓN

Socialismo y Ciencia positiva, por Enrique Ferri, 1 peseta.

Colectivismo y Revolución, por Julio Guesde; 20 céntimos.

La Autonomía y la jornada legal de Ocho Horas, por Paul Lafargue; 20 céntimos.

Pablo Iglesias en el Partido Socialista.—Biografía y retrato.—Precio, 25 céntimos.

El Capital, por Carlos Marx, á 2:50 pesetas.

Meeting de controversia, celebrado en Santander entre D. Antonio M. Coll y Puig, director de «La Voz Montañesa» y el compañero Pablo Iglesias; 20 céntimos de peseta.

BIBLIOTECA SOCIALISTA

Las obras publicadas hasta ahora y que se venden encuadradas en rústica, son las siguientes:

La guerra civil en Francia, por Carlos Marx, 45 céntimos.

Catecismo socialista, por J. L. Joynes, 30 céntimos.

Ecos revolucionarios, composiciones en verso, por Alvaro Ortiz, 50 céntimos.

BILBAO.—Imprenta de José Ugalde, Hernani, 8

con creces... Falta la fe, y quieren ustedes hacer en este mundo perecedero lo que es obra de Dios en el otro... Son ideas impías...

—¡Impías!—exclamó Pedro, y mirando frente á frente al cura, le dijo, agitado por la emoción, estas palabras que le salieron del alma:— Impío eres tú y falso y malvado; tú no crees en Dios, ni crees en nada eres malo; hipócrita, satánico; no amas á los hombres, no tienes alma; yo sí.

Había que ver la cara aterrada de don Santos. Levantóse, y, echando por los ojos chispas de ira, dijo:

—¡Insolente!—y se fué á buen paso hacia lo interior del palacete.

Pedro continuó sentado, volteando entre sus manos al sombrero, apabullándolo y desapabullándolo nerviosamente. Un momento después entró Ranzade y Pedro se levantó y fué á su encuentro. No pudieron cruzar ni una palabra, porque en aquel momento aparecieron en el balcón doña Rafaela y Artola, y la primera gritó con imperioso acento:

—Echale, Manuel; échale ahora mismo.

—Tengo que hablar con él—se atrevió á replicar Ranzade.

—No—dijo Artola—es en balde. Nadie acepta la transigencia, todos sostienen mi plan. Todo arreglo que usted trate será rechazado por todos los consejeros. Que se sometan sin condiciones, no hay más arreglo.

—Echale te he dicho—volvió á gritar la señora.

Y Ranzade, anonadado por aquellas voces, que venían de lo alto como mandatos de Dios, bajó la cabeza y

—Vete—dijo á Pedro, y éste se fué triste y desconsolado, terriblemente abatido, pensando en los pobres que allá abajo se consumían en la miseria.